



Entrevista para *Quintú Quimün* con...

Laura Kornfeld

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Entrevista y edición a cargo de Cintia Carrió



Laura Kornfeld se desempeña como profesora adjunta regular en *Lingüística Chomskiana* y *Gramática* (cátedra A) de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Ha sido profesora en la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), donde ha dictado talleres de lectoescritura y las materias *Estudios Gramaticales* y *Lenguaje, Comunicación y Cultura Escrita* (2006-2017). Desde hace veinte años dicta con regularidad cursos de posgrado en diversas universidades nacionales y extranjeras sobre temas de gramática y teoría léxica del español. Desde el año 2006 es investigadora de la carrera del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), actualmente en la categoría de investigadora independiente. Dirige proyectos de investigación sobre la explicación y descripción de los aspectos gramaticales, léxicos, pragmáticos y sociales de las variedades lingüísticas de la Argentina, incluyendo sociolectos, registros, dialectos y lenguas en contacto. Su producción sobre estos temas es regular y numerosa. Además, se interesa por diversas aplicaciones relativas a la enseñanza de temas gramaticales y lingüísticos, incluyendo ejercitación, manuales escolares, propuestas didácticas y cursos de formación para docentes de distintos niveles educativos. Ha creado y dirigido el Museo de la Lengua (Universidad Nacional de General Sarmiento, 2012-2016).

Cintia: ¿De qué manera tu historia configura la relación con la lengua y la lingüística?

Laura: Hay una situación muy representativa en mi historia que tiene que ver con que ninguno de mis abuelos hablaba español rioplatense, por lo que la cuestión de la lengua es muy constitutiva en ese sentido. Mi abuelo materno que hablaba español era de Castilla y mantuvo su acento castellano toda la vida (todavía me acuerdo la manera en que pronunciaba las zetas, me quedó asociado ese sonido con su recuerdo). Mi papá, que nació en Bolivia, habló alemán antes de hablar castellano y encima a los 8 años lo llevaron a vivir a Buenos Aires, así que tuvo que transitar ese pasaje del español boliviano al español rioplatense. Además, uno de mis hermanos vive en Chequia y tengo 2 sobrinos checos que también hablan español rioplatense, estrictamente, aun con sus diferencias. En verdad podríamos decir, risueñamente, que tengo muchas posibilidades de hacer aplicaciones prácticas de la lingüística a la historia familiar.

Y es llamativo, gracioso incluso, porque, más allá de que tengo bastante autoridad intelectual en mi familia, me pasa lo mismo que nos pasa a los lingüistas en general: cuando explicamos ciertas situaciones, la gente, en general, nos atienden e incluso nos creen, pero con reservas. No es que le dan crédito absoluto a lo que decimos. Hay mucha diferencia, en ese sentido, con quienes hacen ciencias exactas. Como lingüista uno siente, en general, un cuestionamiento a la científicidad de las explicaciones que damos sobre los hechos lingüísticos. Para contar una situación concreta, a veces describo y explico la situación de familias bilingües con más de un

hijo o hija bilingües (como es el caso de mis sobrinos) y cómo está comprobado que el segundo hijo o hija tienen una relación diferente con la lengua no dominante... Y me doy cuenta de que, aun apelando a explicaciones lingüísticas, la generalización asusta, y pareciera que, en los temas lingüísticos, esa generalización tiene poco fundamento científico, casi como si uno hablara desde el prejuicio. Esas situaciones me resultan curiosas, creo que hay algo que nos pasa a los lingüistas en relación con el juicio hacia nuestras afirmaciones, algo vinculado con el crédito social que tenemos. Incluso en mi familia, que reconoce mi carrera académica, uno de mis sobrinos checos pudo comprender la importancia de lo que yo hacía (en el sentido de atribuirle importancia explícita) cuando en la escuela, en la preparación previa a la universidad, le explicaron qué es la lingüística, es decir, aun cuando él sabía que yo era lingüista y que ese era mi trabajo, el discurso institucionalizado de ese trabajo me atribuyó, en término de representación, otro prestigio que no viene asociado de suyo como sucede con otras ciencias. Y creo que, en cierto sentido, eso es un ejemplo de algo que sucede generalmente y que tiene que ver con un aire fantasmagórico que tenemos los lingüistas y que está relacionado, en parte, con que la lingüística no tiene un lugar en la *curricula*, un espacio legítimo y legitimado, como para que se pueda saber de qué se trata y de qué se ocupa la lingüística... Y cuando hay representaciones sobre la lingüística son interpretaciones muy parciales, ligadas a la escritura, a las prácticas... obviamente todo lo cual es muy importante, por supuesto, pero que no permite ver a la lingüística como una disciplina, y como una disciplina con toda la diversidad que ciertamente tiene.

Cintia: No sería exagerado, entonces, decir que tu vida está ‘atravesada’ por las lenguas, ¿no?

Laura: Claro, en ese sentido tengo una historia de vida en que las lenguas se vinculan de diversas maneras y atraviesan distintos momentos y, probablemente, eso me da otra perspectiva de algunas cosas, pero, de todos modos, tampoco puedo decir que fue mi configuración familiar y ese vínculo con las lenguas lo que me condujo a estudiar lingüística. En relación con lo que mencionaba antes, fui a un muy buen colegio (al Colegio Nacional de Buenos Aires) e igualmente no me enteré de lo que era la lingüística ni de su existencia hasta que entré a la facultad, incluso habiendo hecho la materia Semiología en el Ciclo Básico Común del ingreso a la universidad, y de hecho, tampoco tenía tan en claro el trabajo de la gramática. Cuando empecé Letras y cursé Gramática (que en ese momento estaba a cargo de Ofelia Kovacci), ya había hecho muchos ejercicios de análisis sintáctico en la escuela secundaria, pero recién me interesó realmente cuando pude acceder a la teoría, a las explicaciones que sustentaban esos análisis gramaticales, recién en Lingüística, cuando conocí los textos de Chomsky y la Gramática Generativa (GG). Algunos de mis compañeros, muy pocos, que ya habían cursado idiomas o carreras vinculadas con los idiomas, eran quienes tenían una idea más aproximada sobre la disciplina, pero no era mi caso. Porque generalmente lo que ha pasado, y creo ciertamente que sigue siendo así, es que la gente (y me incluyo) comienza las carreras de Letras porque quiere estudiar literatura. Resulta muy raro encontrar casos en los que alguien estudie Letras por su interés claro en la lingüística y, generalmente, son estudiantes de idiomas o personas más grandes, con otros recorridos.

Cintia: Si miramos tus escritos sobre gramática, siempre admiré y admiro especialmente la perspicacia que tenés en esos escritos para lograr que, en un análisis riguroso, sólido y específico, subyazca una cuota de humor casi imperceptible, como un guiño que avisa que disfrutás lo que hacés. En ese sentido, ¿qué te lleva a seleccionar los corpus que analizás?

Laura: Creo que es interesante tratar de incorporar en los escritos un estilo personal y aquello que te gusta, porque también es una manera de decir “somos esto” y poner de manifiesto esa tensión presente en nuestra formación híbrida de las Letras, esa tensión entre los géneros de nuestros escritos. El rigor de los *papers* de lingüística, ese género que constituye el modo en que podemos difundir el conocimiento puro y duro, novedoso y original que uno propone dentro de la disciplina está muy bien. Pero a su vez, creo que también tenemos otras

posibilidades de divulgación, y la mejor es la que se adapta a la personalidad de cada uno. Cualquier estrategia que permita captar la atención y generar tensión hay que aprovecharla; en ese sentido poder recuperar en los escritos los lugares de placer a través del humor o del recurso que fuera, me parece muy importante.

Con relación, específicamente, a la construcción de los corpus y la selección de los datos, la verdad es que no soy muy estructurada. Comienzo a construir corpus, recopilo datos y muchas veces no los uso. Tengo un sistema de registro intermedio entre lo analógico y lo digital que no logré afianzar. . . pero sí tengo muchos documentos (con títulos llamativos, para recordar de qué se trata) en los que registro y anoto datos que por algún motivo me gustaron o considero que permiten pensar algún problema, datos que por ejemplo encontré leyendo una novela o leyendo alguna otra cosa, y los anoto como destinándolos a futuros trabajos porque tengo la intuición de que algo interesante puede surgir a partir de eso. Muchísimas veces mis trabajos surgen a partir de datos sueltos, en ese sentido soy una gramática empírica. Hay personas que piensan muy bien desde la teoría y se les ocurren ideas desde la teoría o a partir de la construcción de contraejemplos. A mí eso no me pasa, yo trato de explicar algo que no entiendo bien o que me parece extraño y, a partir de ahí, busco construir el conocimiento. Ese es el orden siempre. No es que leo en general sobre problemas lingüísticos o gramaticales y repentinamente se me ocurre algo. Tengo presente un modelo de trabajo como el de Angela Di Tullio, una forma que creo que constituye un estilo de trabajo, con ventajas y desventajas. Es un estilo un poco disperso en el sentido de que nos pueden llamar la atención fenómenos muy diversos, y eso no permite que uno se concentre en algo particular, pero, a su vez, sí permite ver fenómenos a los que no atenderíamos de otra manera, y así ir descubriéndolos.

Cintia: Quienes leímos el *Manifiesto por una soberanía idiomática* y luego tu libro *De lenguas, ficciones y patrias*, reconocemos claramente tu postura política e ideológica respecto de las variedades lingüísticas, aun así, ¿cuáles son las principales motivaciones teóricas que te conducen a trabajar con la variación lingüística?

Laura: Hay razones teóricas y, ciertamente, también razones ideológicas, como se ve en el Manifiesto que mencionás. Es claro que si hay que estudiar variedades del español de Argentina nadie las va a estudiar excepto las y los lingüistas que viven en Argentina. Eso a su vez puede ser una complicación para la carrera. La verdad es que yo empecé haciendo trabajos generales sobre el español y es mucho más fácil publicar trabajos generales sobre el español. Cuando trabajás sobre variedades del español de la Argentina, uno se enfrenta a la situación de que es más difícil que ciertos temas sean aceptados en revistas internacionales. Entonces un trabajo sobre dialectología del español de Castilla y León suele ser aceptado sin mayores requisitos específicos en revistas indexadas de nivel internacional, pero si pretendés mandar un estudio sobre el español de Argentina vas a tener que trabajar mucho y aun así ver si resulta de interés para alguna revista. Sumado a eso vas a tener que explicar todos los datos con sumo detalle y, además, habrá que ver el interés que encierre el tema, es decir, probablemente requieras de un tema con mucha fuerza o actualidad teórica o de datos que dialoguen claramente con temas ya instalados sobre datos de otras variedades, más allá del potencial de los datos en sí mismos. De hecho, hay artículos que yo publiqué en revistas de Argentina solamente para evitar la explicación de la pertinencia de los datos.

Ahora, en mi proyecto de investigación y un curso de doctorado que estoy dando, estoy desarrollando y consolidando la idea de que a partir de la variación en general, y por lo tanto también las variedades del español de Argentina, más aun considerando el contacto con lenguas indígenas, es posible pensar sino todos, casi todos o muchos de los temas teóricos. Las teorías de la variación de la GG pueden pensarse sin problemas a partir de fenómenos del español de Argentina, pueden vincularse absolutamente los temas teóricos con los fenómenos empíricos. También es un poco sorprendente que no haya más producción sobre la gramática del español de la Argentina y en otros campos conexos. Actualmente tenemos, por ejemplo, muy poco desarrollo en dialectología, lo digo en comparación con las épocas clásicas de la lingüística argentina, como se puede

percibir en el centenario del Instituto de Filología en la UBA que se está celebrando este año. Puede observarse la desaparición de líneas completas de trabajo en temas de dialectología. Con las lenguas indígenas es un poco distinto, si bien ya se trabajaban tempranamente, su desarrollo continúa hoy, aunque tal vez hayan perdido importancia relativa.

Cintia: ¿Qué otros problemas lingüísticos se te presentan como los más atractivos?

Laura: La atracción hacia algunos problemas lingüísticos fue y va cambiando en mi carrera, un poco porque, como ya te dije, soy una gramática de datos. Voy teniendo encuentros con fenómenos que me hacen pensar diferentes problemas. Empecé desarrollando trabajos vinculados directamente con la morfología, de ahí los desarrollos en Morfología Distribuida (MD), pero después tuve un período en que me detuve a observar más el aspecto léxico y la estructura argumental. Creo incluso que son temas más intuitivos, más claros si se quiere. Y, últimamente, me concentro en Tiempo-Aspecto-Modo (TAM), estoy haciendo otro recorrido. De algún modo, hay coherencia en el sentido de que todo lo que me interesó siempre, desde Baker hasta Cinque y Rizzi, siempre fueron perspectivas generativas que hacen mucho hincapié en la variación, claramente. Evidentemente parece que me resulta más fácil pensar en la variación que en los universales y, a partir de la variación, pensar generalizaciones que puedan llegar a ser más trascendentes.

Más allá de eso, puede verse un pasaje coherente y armónico desde la morfología hacia la estructura argumental y el aspecto léxico para luego llegar a TAM, con toda esa gran diversidad de fenómenos. Incluso muchas veces los corrimientos tienen que ver con la interacción con otras personas. Por ejemplo, cuando Alicia Avellana empezó a trabajar con TAM, yo no había pensado demasiado sobre el tema y su tesis me motivó a mirar esos problemas también.

Creo que cualquiera de esos marcos dentro de la GG es interesante de explorar porque te dan posibilidades y límites respecto de lo que se puede plantear. La MD creo que es una propuesta que te permite pensar muchos fenómenos interesantes; luego, cuando se piensan proyecciones superiores de las cláusulas, ya requerís modelos que atienden a otros problemas, como puede ser la cartografía sintáctica.

Cintia: ¿Cómo ves la situación de los estudios lingüísticos en Argentina? ¿Qué aspectos considerarías que podrían mejorarse?

Laura: Como te comentaba antes, en los años 50 había mucho desarrollo de la dialectología, de los estudios sobre las lenguas indígenas, creo que eran más acotados los problemas a los que se dedicaba la lingüística. En la segunda mitad del siglo XX se multiplicaron las propuestas teóricas y eso hizo que no haya un paradigma dominante sino más bien pujas de tipo político-teóricas. Pero esta es una situación general, el hecho de que no haya un paradigma dominante no es algo exclusivo de la lingüística en Argentina.

Ahora bien, creo que en Argentina se acentúan algunos problemas que por esa misma variedad teórica se dan también en otros lugares. No sé si esto sucede también en otras disciplinas, no lo veo en Historia, por ejemplo, no hay allí tanta discusión entre paradigmas. No veo en otros espacios la sensación de sentir que todo el tiempo se está discutiendo la teoría desde el principio, casi sin acuerdos previos o básicos.

La dispersión teórica creo que es un problema general, en todo el mundo; la falta de diálogo entre las distintas corrientes me parece que es bastante más particular de la Argentina, lo que se puede atribuir a la falta de diálogo en otros ámbitos también. Pero la lingüística ayuda con su dimensión heterogénea. Evidentemente, esa situación también tiene sus ventajas: cada uno puede trabajar en su paradigma y está bien, pero muchas veces eso se transforma en una burbuja de la que no se sale... Y eso ya no está tan bien.

Creo que lo que falta es diálogo. Cuando viajás a otros países, tenés la sensación de que se puede hablar con gente que trabaja en otros paradigmas teóricos, de hecho yo hago mucho trabajo con datos para eso, para establecer líneas de diálogo desde un marco teórico; el hecho de que los datos en cierto sentido se auto-sustenten,

colabora a poder hablar con otra gente. Si voy a España o voy a Alemania no tengo la sensación de no poder hablar con investigadores que tengan otros enfoques. Si estoy discutiendo un problema empírico y esa persona lo pensó desde otra perspectiva teórica, no se ve la dificultad. Creo que en Argentina hay una obturación del diálogo que es extrema, que trasciende la discusión o la diversidad teórica.

Más allá de eso, creo que se necesita mejorar también el sistema de evaluación, volverlo más confiable, un problema que no se circunscribe al ámbito de la lingüística, ciertamente. No obstante, puede demostrarse que hay subdisciplinas dentro de la lingüística que son ‘objetivamente’ más difíciles que otras. Por ejemplo, alguien no puede producir un artículo sobre gramática o sobre lenguas indígenas si es un estudiante de grado promedio, no puede producir un aporte legítimo al conocimiento y publicar en una revista acreditada. En cambio, hay subdisciplinas en las que sí se puede y de hecho se hace. Esta situación no es mala en sí, puede darse una convivencia pacífica entre las subdisciplinas, pero lo cierto es que de alguna manera tiene que darse cuenta de esa diferencia en cuanto a la formación y el esfuerzo que se requieren para producir artículos originales. En conclusión, hay que revisar cómo se evalúa la producción científica, cuál es el mecanismo objetivo de evaluación, lo que se vincula con la política científica local, pero también con muchas otras que nos trascienden, como por ejemplo ver cómo se prestigian las revistas, cómo se valida el trabajo. En ese sentido debería haber mecanismos de evaluación que permitan la diversidad de subdisciplinas sin ponerlas a competir entre sí, porque hay actividades intelectuales que no pueden compararse, y ni hablar de que los estudios lingüísticos, para su desarrollo institucionalizado, tienen que competir con disciplinas que son muy lejanas en muchos sentidos (como pueden ser la literatura o las artes en la comisión correspondiente del CONICET).

Cintia: ¿Cuál es tu opinión sobre las acciones estatales vinculadas con los derechos lingüísticos, pensando en la relación lengua estandarizada-variedades lingüísticas? ¿Qué decisiones y prácticas considerarás destacables y cuáles mejorables en ese sentido?

Laura: Hay una realidad que traspasa a la enseñanza en Argentina, que lo hace de manera negativa y que se vincula con la atomización y la falta de acuerdos sobre las líneas generales de aquello que se enseña en cada nivel. Esto último como consecuencia de la disolución del Ministerio de Educación nacional como un lugar que establece los contenidos mínimos a saber y, en su lugar, la aparición de los contenidos básicos comunes que adoptan la forma de sugerencias, de sugerencias permanentes que además se superponen año tras año. Me resulta imposible no hacer la comparación con Chequia, que es el otro caso que conozco bien. Allí los chicos y chicas reciben un libro cada año, se los da el Estado, y lo tienen que estudiar completo; si no lo completan lo hacen en vacaciones y lo entregan a inicios del año siguiente. A esto me refiero, al compromiso que asumen docentes y estudiantes, el compromiso de llegar a ver esos contenidos que se pautaron. Y no me refiero a que el Estado tenga que “bajar” los contenidos que se tienen que dar, sino a la necesidad de lograr acuerdos en los que tiene que intervenir también el Estado; sino todo se libera al criterio de cada uno en cada situación. . . Y la ausencia del Estado siempre perjudica a los mismos. Si al Estado le da igual qué es lo que enseña cada docente, eso solo va a perjudicar a personas que no deberían ser perjudicadas. Sin restarle importancia a la coyuntura por supuesto, entiendo, y está claro, que en muchos casos lo menos importante que le puede estar pasando a un chico o a una chica es que aprenda o no aprenda matemáticas, pero la cuestión es que si eso se vuelve sistemático y sostenido simplemente va a haber partes enteras de su formación que no existen y que no se pueden recuperar. Este creo que es un problema de la educación argentina en general. Mientras que, en el caso del área de lengua, jugamos un poco el papel de rehenes de la literatura. En la escuela secundaria, la asignatura Lengua y Literatura cuenta con 5 horas semanales de trabajo. Ahora bien, esa carga horaria se justifica por lengua, claramente no por literatura, dudo mucho que políticamente se pueda convencer a alguien de lo contrario, es decir, 5 horas de literatura *per se*. No es la literatura lo que aporta de modo directo a la formación general, ni lo que se evaluó en las pruebas PISA, ni en cualquier otra prueba internacional. Entonces en los espacios de trabajo surgen las

tensiones entre los dos objetos: lengua y literatura. Muchas veces son los expertos en literatura quienes toman las decisiones sobre la materia, simplemente porque son más, pero luego a la que se le demanda resultados (considerando su “utilidad social”) es a lengua. Y algunas veces, en algunos casos, esto también se relaciona con la falta de acuerdos básicos, incluso, en las instituciones de formación docente. En literatura, no parece haber acuerdos de lecturas básicas, mínimas, como podría ser el caso de *El Quijote*, obras de Shakespeare, o cualquier obra que una o un profesor o licenciado en Letras tiene que conocer sí o sí. Como consecuencia de eso, los recorridos se vuelven aleatorios. . . pero en lingüística resulta que eso no es así. Quizás a veces se confunde un poco porque justamente lingüística siempre estuvo (y está) junto a ese campo cercano al arte, como es la literatura, y que se rige por otras reglas que no son precisamente científicas. De hecho, sabemos que la literatura nacional tiene su impacto en la lengua, pero tampoco es cierto que los egresados del secundario o el promedio universitario egresan teniendo ideas claras sobre la literatura argentina. A veces el rasgo aleatorio de ciertas decisiones arrastra a la lingüística a una dinámica que no le es propia.

El conocimiento sobre la lengua se construye sobre pasos concretos en los que nada es aleatorio, necesitas el conocimiento anterior (ya consolidado) para construir un nuevo conocimiento. . . No es que puede elegirse o no enseñar *clases de palabras* o, incluso, desligar el contenido del momento concreto en que se presenta en relación al resto de los contenidos. Y esto sucede en todos los ámbitos de la enseñanza, primario, secundario y superior. . . un niño o una niña de 8 años entiende perfectamente las categorías sintácticas, incluso, es más fácil explicarle intuitivamente muchos contenidos como la flexión, por ejemplo, dado que de hecho se considera que ese niño o esa niña puede aprender una lengua extranjera y por lo tanto tiene que manejar esos conceptos. Entonces, lo que resulta necesario revisar es qué es lo que habilita a pensar que un niño o una niña puede pensar categorías gramaticales sólo si mira otra lengua, y no desde la lógica de su propia lengua. . . sin esa reflexión, el razonamiento parece guiarnos a una trampa que conduce a dejar de lado conocimientos que resultan necesarios en muchos ámbitos y para muchas otras materias. No es una justificación corporativa la que estoy dando, digo, porque no me refiero a presentar problemas teóricos, ni vocabulario técnico super específico, sino a que se renuncia a la formación de una persona justo en el momento en que hay que aprovecharla para conducirla intuitivamente a reflexiones metalingüísticas que le permitan mirar su propia lengua, su propio discurso. En este sentido el conocimiento de las clases de palabras, las funciones sintácticas *grosso modo*, son centrales, obviamente con flexibilidad, porque van a incidir en la posibilidad de reflexión y análisis que después va a necesitar cualquier estudiante que quiera aprender una lengua extranjera, por ejemplo. Entonces todo se traduce en una gran desigualdad, porque sin estas decisiones, la enseñanza termina arrojando resultados muy poco igualitarios y genera un círculo vicioso: si desde pequeño no se mandó al niño o a la niña a la academia de inglés, no tuvo la posibilidad de reflexionar sobre gramática y luego no tiene herramientas para reflexionar sobre su lengua o sobre otra lengua.

En conclusión, la educación en Argentina necesita una discusión profunda, como esta, pero que a su vez pone al descubierto otras, algunas vinculadas con la lengua, pero también que van más allá de eso. Pareciera que sistemáticamente la discusión está planteada de una manera equivocada, no se entiende con claridad la idea de qué sería el progresismo en educación. Personalmente, me parece simple: cuanto más ausente está el Estado, el resultado siempre va a repercutir, siempre, en la educación pública y perjudicar a los sectores más desfavorecidos. . . los que tienen libros en la casa y padres profesionales no se ven tan afectados, porque esos conocimientos los recuperan por otras vías. Es paradójico pero una política más tradicional al momento de seleccionar los contenidos, tiene mejores resultados a veces. . . Puede pensarse en el caso de Uruguay, caso en que, si bien tiene la ventaja de ser un país con otras dimensiones, pueden verse casos de políticas puntuales con impacto directo. Un claro ejemplo es la manera en que determinó la enseñanza de la lengua el hecho de haber introducido en los profesados el manual sobre gramática del español que escribieron Ángela Di Tullio y Marisa Malcuori. Así, por ejemplo, se ven impactos directos de una medida concreta y nos lleva a pen-

sar que eliminar contenidos en la escuela es muy desacertado teniendo en cuenta lo que se pretende a largo plazo.



Laura Kornfeld en el Congreso SAEL 2023.
Foto: gentileza de María Mare.

Cintia: A lo largo de tu producción, muy profusa, sin dudas, podemos observar que además te ocupás con énfasis tanto de la transferencia de conocimiento para pensar alternativas de enseñanza, como así también de pensar y diseñar instancias de divulgación científica de diversos temas lingüísticos. ¿A qué responde esa preocupación que te lleva a publicar en diarios o diseñar museos?

Laura: Supongo que tiene que ver con cierta dificultad que veo al momento de pensar cómo se miran los conocimientos lingüísticos. Sería como ver el problema de Orwell de Chomsky, pero aplicado a la lengua. Me pregunto, con preocupación, cómo puede haber tanto conocimiento disponible “dando vueltas”, conocimiento evaluado, aceptado, y que sin embargo tenga tan poco impacto en la realidad. Para mí, en el ámbito de la lingüística eso es un poco desesperante, en realidad.

La lingüística tiene más de 100 años, si tomamos a Saussure como su fundador. Desde el primer momento Saussure dijo que las visiones normativas y prescriptivas no tenían sentido a la hora de describir objetivamente a las lenguas, que las lenguas no son manejadas por las academias, a las lenguas no las cambian las academias. Sumado a eso no hay un modelo lingüístico que afirme lo contrario y, sin embargo, 120 años después eso es lo que predomina en muchas perspectivas, la visión normativista o prescriptivista, o las visiones valorativas acerca de las lenguas.

En ese sentido hay algo del problema de Orwell de Chomsky que se puede aplicar a la situación, siguiendo el razonamiento de que el conocimiento está, pero no se considera, no se “aplica”, no permite pensar los casos concretos, no impacta de manera tal que se puedan cambiar las cosas. También supongo que por eso tuve, en un momento, mucho impulso con las propuestas divulgativas. Sin dejar de lado, además, que es verdad que pude trabajar en una universidad como la Universidad Nacional de General Sarmiento que facilitaba bastante ese tipo de actividades. En otros espacios, como la Universidad de Buenos Aires, donde trabajo ahora, eso es bastante más difícil. Las universidades más chicas muchas veces le dan más importancia a la relación con la sociedad o con el territorio, como lo llaman, porque ese territorio está mejor definido. En universidades más grandes la sociedad o esa noción de territorio es muy difusa, está más desdibujada. Lo que hay, sí, es muchas buenas intenciones, tanto en lo educativo como en lo divulgativo, hay muchas buenas intenciones, pero dispersas. Si hay algo que falta en Argentina, en general, es conexión entre personas que están llevando a cabo los mismos esfuerzos. Porque no hay mecanismos institucionales para conectar, todo depende del impulso individual de personas sueltas. . . Resulta difícil institucionalizar al menos en nuestra disciplina, no sé en medicina o en otras áreas.

Cintia: Tu carrera muestra una marcada tendencia hacia la formación de recursos humanos, ¿por qué contagiar en otros el entusiasmo por la lingüística?

Laura: Yo creo que en un campo en el que no somos muchos como es el de la GG, formar gente que pueda dialogar y colaborar en hacer crecer el campo es vital. Siempre hubo un problema de recursos humanos, es también un déficit particular de nuestra disciplina, tal vez no se ve en otras disciplinas científicas. La continuidad en los proyectos de investigación y en las materias es muy pobre en general. En parte puede ser por las políticas erráticas, pero no veo que la continuidad en las cátedras se dé de la misma manera en otras disciplinas. En ese sentido nosotros tenemos que hacernos cargo de la situación, de garantizar continuidades, de trabajar en la intención de generar una línea de continuidad del trabajo.

Esto forma parte del diagnóstico, para mejorar en lingüística es necesario: por un lado, dialogar más y, por otro lado, generar más y mejores recursos humanos, tanto los propios como así también ser honestos y generosos en las evaluaciones de los recursos humanos formados por los demás. No se me ocurre otra forma de fortalecer una disciplina, para garantizar que crezca. Es más importante fortalecer lo bueno que hacer hincapié en exterminar lo malo. Por eso sería muy auspicioso generar escuelas, formar recursos humanos con la seriedad que esa actividad merece e incluso que se pueda observar continuidad en la línea sucesoria de la formación de los recursos humanos para evitar además que se pierdan las líneas de trabajo, como mencionaba antes que ocurrió con la dialectología.

Cintia: Por último, y para cerrar: ¿por qué leer Chomsky? y ¿qué de su propuesta?

Laura: Hay una lectura obvia de Chomsky que es su lectura política, pero dejemos de lado esas lecturas que son, incluso, las más conocidas o las más “populares”.

Dentro de los planteos chomskianos para la lingüística estrictamente, está claro que Chomsky es ya un clásico del siglo XX. El giro epistemológico que generó es innegable, más allá de cómo vaya a sobrevivir ese giro epistemológico. Y hay cierta virulencia hacia la lingüística chomskiana no sólo en la Argentina (aunque en Argentina es absurda porque no tenemos poder), se ve también en textos norteamericanos, se ve en España. Se ve una asimetría entre lo que ciertos paradigmas no chomskianos dicen sobre los chomskianos o sobre Chomsky mismo, y lo que los chomskianos o Chomsky dicen acerca de los no chomskianos. Hay ciertos comportamientos que no se entienden, por ejemplo, cómo puede ser parte de la investigación de alguien demostrar que está mal la lingüística chomskiana, nadie desde la GG tendría ese posicionamiento o ese objetivo de investigación. Chomsky ha discutido ideas con ciertos filósofos y pensadores de enorme importancia (de hecho, yo creo que elige muy bien a sus adversarios), pero se ve demasiada gente, incluso de renombre internacional, hablar en contra de Chomsky en situaciones o con una virulencia en las que no se ve la pertinencia.

Más allá de eso, las grandes ideas generales de Chomsky está claro que forman parte intrínseca de la lingüística del siglo XX y que trascienden a la lingüística. Las ideas que supo expresar tienen consecuencias en muchos campos distintos del conocimiento (psicología, filosofía, biología...), desde donde diría que incluso recibe más reconocimiento. Siempre pensando en las grandes ideas de Chomsky, en un modelo que tiene un atractivo *per se* pero que constituye una propuesta en la que cuesta mucho ver la relación entre el modelo teórico (que obviamente es lo que hace que tenga el lugar que tiene en la historia de la lingüística) y la práctica cotidiana que puede tener un aspirante a lingüista. Para los estudiantes, resulta difícil, a veces, comprender lo que está pensando a nivel muy teórico, y a partir de datos muy específicos cuya complejidad y pertinencia es casi imposible captar en las carreras de grado... y eso es lo que vuelve paradójicamente un poco oscura su escritura también. El desafío que nos queda (y me incluyo) es mostrar con claridad cómo funciona esa teoría maravillosa en relación con lo que concretamente hace un lingüista o, al menos, con lo que hacemos la mayor parte de los lingüistas en nuestro trabajo cotidiano.